

## CAPÍTULO 1

Desde hace mucho tiempo, la familia Dashwood había vivido en Sussex. La propiedad era muy grande y en el centro mismo del terreno se encontraba su casa, ubicada en Norland Park, lugar en el que por varias generaciones se habían ganado el respeto de sus vecinos por la manera tan digna en que habían vivido.

El último dueño de esta propiedad fue un hombre soltero que vivió hasta edad avanzada. Durante muchos años, estuvo acompañado por su fiel hermana, quien también se encargaba de la casa. Pero la muerte de ella, ocurrida diez años antes de la suya, produjo grandes cambios en el hogar. Para compensar tal pérdida, invitó a vivir con él a la familia de su sobrino, el señor Henry Dashwood, legítimo heredero de la finca de Norland y a quien se proponía heredarla en su testamento.

En compañía de su sobrino y sobrina, y de los hijos, la vida transcurrió agradablemente para el anciano caballero. Su apego a todos ellos fue creciendo con el tiempo. La constante atención del señor Henry Dashwood y su esposa, nacida no del mero interés sino de la bondad de sus corazones, hizo su vida con-

fortable; y el cariño de los hijos le proporcionaba alegría a su existencia.

De un matrimonio anterior, el señor Henry Dashwood tenía un hijo; y de su esposa actual, tres hijas. El hijo, un joven serio y respetable, había heredado la fortuna de su madre, que era abundante, cuya mitad recibió al cumplir la mayoría de edad. Además, su propio matrimonio, ocurrido poco después, lo hizo aún más rico. Por ello, el legado de la finca Norland para él no era tan importante como para sus hermanastras. Ellas, independientemente de si su padre heredaba esa propiedad, en realidad no contaban con mucho dinero. Su madre no tenía nada, y el padre solo disponía de siete mil libras, porque del resto de la fortuna de su primera esposa su hijo también era beneficiario y a él solo le correspondía una renta vitalicia.

El anciano caballero murió. La lectura de su testamento provocó, como ocurre en casi todos estos casos, por igual desilusiones y alegrías. En su última voluntad no fue ni tan injusto ni tan desagradecido como para privar a su sobrino de las tierras, pero se las dejó en tales términos que destruía la mitad del valor del legado. El señor Dashwood había deseado esas propiedades más por el bienestar de su esposa e hijas que para sí mismo y su hijo. Sin embargo, la herencia estaba asignada a su hijo, y al hijo de este, un niño de cuatro años. De esta manera, al señor Dashwood le quitaban toda posibilidad de proveer a aquellos que más quería y que más ayuda necesitaban, ni mediante una hipoteca sobre las propiedades o la venta de sus valiosos bosques. Todo había quedado en beneficio del niño,

el cual, en sus ocasionales visitas a Norland con su padre y su madre, había conquistado el afecto de su tío con aquellos rasgos tan cautivadores de los niños de dos o tres años: una pronunciación imperfecta, el inquebrantable deseo de salirse con la suya, incontables bromas y ruido por montones. Cosas que, al final, desplazaron el valor de todas las atenciones que durante años había recibido el caballero de su sobrina y las hijas. No era su intención no ser bondadoso, por lo que, como señal de su afecto por las tres niñas, le dejó mil libras a cada una.

Al principio, la desilusión del señor Dashwood fue profunda, pero como era de temperamento alegre y confiado, esperaba vivir muchos años. Si lo hacía a conciencia, podría ahorrar una suma considerable de la renta de una propiedad de buen tamaño que le retribuiría casi de inmediato una mejoría. Pero la fortuna, que había tardado tanto en llegar, fue suya por solo un año. Solo ese tiempo sobrevivió a su tío, y diez mil libras, incluidos los últimos legados, fue todo lo que quedó para su viuda e hijas.

Tan pronto el señor Dashwood supo que su vida peligraba, mandó a llamar a su hijo y le encargó, con la intensidad y urgencia que la enfermedad dictaba, ver por el bienestar de su madrastra y sus medias hermanas.

El señor John Dashwood no tenía la profundidad de sentimientos del resto de la familia, pero sí le afectó lo que le dijo su padre en un momento como ese, por lo que prometió hacer todo lo que le fuera posible por el bienestar de sus parientes. El padre se sintió tranquilo ante tal promesa, y John Dashwood se tomó el tiempo para pensar sobre cuánto podría hacer por ellas.

John Dashwood no era un joven mezquino, a menos que ser algo frío de corazón y un poco egoísta indicara lo contrario, pero en general era respetado porque se comportaba correctamente en sus deberes cotidianos. De haberse casado con una mujer más amable, podría haber llegado a ser aún más respetable (incluso él mismo quizá se habría transformado en alguien un tanto más amable). Era muy joven cuando se casó y le tenía mucho cariño a su esposa, pero ella era una versión femenina de él, aunque más cerrada y más egoísta.

Al hacer la promesa a su padre, había sopesado la posibilidad de aumentar la fortuna de sus hermanastras obsequiándoles mil libras a cada una. En ese momento, realmente se sintió convencido de hacerlo. Ayudarlas con ese dinero, considerando aún la mitad restante de la fortuna de su propia madre, le alegraba el corazón y lo hacía sentirse muy generoso. “Sí, les daré tres mil libras. ¡Qué espléndido gesto! Bastará para que se sientan aliviadas. ¡Tres mil libras! Puedo hacerlo sin grandes sacrificios”. Pensó en ello durante todo el día, y durante muchos días más, y no se arrepintió.

En cuanto concluyó el funeral, la esposa de John Dashwood (sin haberle avisado con anticipación a su suegra) llegó con su hijo y sus criados. Nadie podía discutirle el derecho a ir: la casa pertenecía a su esposo desde el momento mismo de la muerte de su padre. Pero su falta de delicadeza le había resultado muy impertinente a la señora Dashwood, quien tenía un alto sentido del honor y una generosidad romántica, por lo que cualquier ofensa de ese tipo, ejercida o recibida por quien fuera, se trans-

formaba en fuente de imborrable disgusto. La esposa de John Dashwood nunca había sido apreciada por la familia de su marido; pero hasta ese momento no había tenido la oportunidad de demostrarles la poca consideración que tenía por el bienestar de otras personas cuando la ocasión lo requería.

La señora Dashwood vio tan terrible esa descortesía que le hizo sentir un intenso desdén hacia su nuera. Tanto, que a su llegada estuvo a punto de abandonar la casa para siempre. Y se hubiera ido, de no haber sido porque su hija mayor le suplicó que no lo hiciera y por el tierno amor que sentía por sus tres hijas. Al final, creyó más conveniente quedarse y así evitarles a ellas una ruptura con el hermano.

Elinor, la hija mayor cuyas palabras habían sido tan eficaces, aunque solo tenía diecinueve años, poseía gran capacidad de comprensión y serenidad de juicio como para aconsejar a su madre. A menudo, esto le había permitido contrarrestar (para beneficio de toda la familia) esa vehemencia de espíritu de la señora Dashwood que tantas veces estuvo a punto de llevarla a la imprudencia. Elinor era de gran corazón, de carácter afectuoso y sentimientos profundos, pero sabía cómo gobernarlos: algo que su madre todavía tenía que aprender y que una de sus hermanas había decidido nunca dominar.

Las cualidades de Marianne estaban, en muchos aspectos, a la par de las de Elinor. Tenía inteligencia y buen juicio, pero era vehemente en todo; ni sus penas ni sus alegrías conocían la moderación. Era generosa, amable, interesante; cualquier cosa menos prudente. La semejanza entre ella y su madre era notable.

A Elinor le preocupaba la excesiva sensibilidad de su hermana, pero la señora Dashwood la valoraba y apreciaba. En las actuales circunstancias, ambas se incitaban a vivir la violencia de sus penas.

Por voluntad, renovaban y recreaban una y otra vez la dolorosa agonía que las había abrumado al inicio. Se entregaban por completo a su miseria, buscando aumentarla con cada uno de sus pensamientos, y optaron por negarse a cualquier consuelo en el futuro. También Elinor estaba profundamente afligida, pero aún quería luchar y esforzarse. Pudo hablar con su hermano y recibir a su cuñada con respeto; y podía intentar alentar a su madre a similares esfuerzos y persuadirla para que dominara sus sentimientos.

Margaret, la otra hermana, era una adolescente alegre y de buen carácter, pero como ya había absorbido las ideas románticas de Marianne (sin aún desarrollar la dosis de sensatez necesaria), a los trece años no prometía superar en nada a sus hermanas mayores cuando creciera.